

CARTA XV.

Lagos notables.—Lagos del Canadá en la América del Norte.—El Superior.—El Michigan.—El Huron.—El Erié.—El Ontario.—El Mar Muerto y sus recuerdos.—Lagos que se comunican con el Océano.—Peligro de la proximidad de ellos.—Terremoto en Chile causado por uno de esos lagos.

México, Enero 15 de 1862.

Los lagos son, por lo comun, los lugares de reposo en que los rios, fatigados por un largo curso, parecen dormir un momento para correr con nuevo ímpetu en busca de regiones diversas de aquellas en que tuvieron su cuna y que halagaron los caprichos de su adolescencia y de su primera juventud. Pero cuántas veces sucede que aprisionada la cristalina serpiente por las ondas del lago, combate enfurecida la inmovilidad de aquellas aguas, abre una brecha inmensa en el seno de aquel mar que la encadena, hasta que vencida por la fatiga, remolinea un instante y va á morir al fin lamiendo la ribera opuesta, sin poder ya traspasarla.

A veces se ven lagos amigos que se dan la mano por medio de la corriente de un rio. Así los lagos del Canadá encadenan sus aguas y caen al rio de

San Lorenzo que desemboca en el Atlántico. El principal de estos lagos es el Superior, que tiene cien leguas de ancho y cerca de doscientas de largo, y cuya circunferencia es como de seiscientas leguas. La ribera meridional del lago Superior es baja, arenosa, y sin abrigo; mas las costas setentrionales y orientales, son al contrario montañosas, y presentan una sucesion de rocas talladas á pico. El lago mismo está cavado en la roca. Al través de su onda verde y trasparente, la mirada descubre á mas de treinta ó cuarenta piés de profundidad, masas de granito de diferentes formas, y de las que algunas parecen recientemente aserradas por lamano del obrero. Cuando el navegante, dejando bogar su canoa, mira, inclinado sobre el borde, la cresta de aquellas montañas submarinas, no puede gozar mucho tiempo del espectáculo, pues sus ojos se nublan y le dan vértigos. El lago Superior tiene un flujo y reflujo irregulares; sus aguas, en medio de los mas grandes calores del estío, están frias como la nieve hasta un medio pié abajo de la superficie, y esas mismas aguas se hielan rara vez, aun en los mas crueles inviernos de aquellos climas. Cuarenta rios reunen sus aguas en ese inmenso receptáculo, siendo los principales el Allinipigon y el Michipicron que nace cerca de la bahía de Hudson.

Viene en seguida el lago Michigan, de variado aspecto y cuyas aguas tienen asimismo un flujo y reflujo desigual y sensible. Despues se presenta el lago Huron, célebre por su abundante pesca, pues se sacan de sus aguas truchas que pesan hasta doscientas libras. El estrecho que une el lago Hu-

ron al lago Erié, es notable por sus inmensos bosques y praderas.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia, las naciones que poblaban sus bordes fueron exterminadas por los iroqueses hace dos siglos, y algunas hordas errantes infestaron en seguida los parajes donde parecia imposible detenerse. «Es cosa terrible—dice Chateaubriand el ver á los indígenas aventurarse en sus débiles navecillas de corteza de árbol por aquel lago donde hay espantosas tempestades. Suspenden sus dioses ó *manitous* en la popa de las canoas, y se lanzan en medio de los torbellinos de nieve, por entre las embravecidas olas. Estas olas, al nivel y aun mas altas que la abertura de las canoas, parecen tragarlas á cada instante. Los perros de los cazadores, con las patas apoyadas sobre los bordes, lanzan aullidos lamentables, mientras que sus amos, guardando profundo silencio, hieren á compás las aguas con los remos. Las canoas avanzan en fila: en la proa de la primera permanece en pié un gefe que repite de vez en cuando el monosílabo *oah*, la primera vocal con una nota elevada y corta, y la segunda con un acento sordo y prolongado: en la última canoa hay tambien en pié otro gefe que maniobra con un remo en forma de timon. Los demas guerreros permanecen sentados en el fondo de las canoas con las piernas cruzadas. Al través de la neblina, la nieve y las olas, no se ven mas que las plumas que rematan las cabezas de los indios; los cuellos prolongados de los perros que ladran y los hombros del piloto y del augur. Se diria que aquellos eran los genios del lago.

«El lago Erié es famoso por sus serpientes. Hácia su parte occidental, desde las islas de las cu-lebras hasta las orillas del continente, en un espacio de mas de veinte millas, se extienden anchos nenúfares, cuyas hojas están cubiertas en el estío de serpientes entrelazadas. Cuando estos reptiles llegan á moverse, animados por los rayos del sol, se ven rodar sus anillos azules, rojos, dorados ó negros, y no se distingue entre aquellos horribles nudos dobles y hasta triples, sino ojos encendidos, lenguas de tres dardos, bocas de fuego y colas armadas de agujones ó de cascabeles, que se agitan como fuetes en el aire. Un silbido general, y un rumor semejante al arrastre sobre las hojas secas del bosque, salen de aquel impuro Cocyto.

«La mayor cantidad de las aguas que salen del lago Erié se descarga en el lago Ontario, despues de haber formado la catarata del Niágara (descrita en mi carta anterior). Los indígenas cogian en las riberas del lago Ontario el bálsamo blanco del palo del bálsamo; la azúcar del arce, del nogal y del cerezo silvestre; la tintura roja del palo de carmin; el techo de sus cabañas de la corteza del árbol blanco; sacaban el vinagre de las uvas vinagreras, la miel y el algodón de las flores del espárrago silvestre, el aceite para sus cabellos del tornasol, y una panacea para sus heridas de la *planta universal*. Los europeos han reemplazado estos dones de la naturaleza por las producciones del arte, y los salvajes han desaparecido.»

Si la naturaleza se presenta llena de actividad y de vida en los lagos del Canadá, que acabamos de recorrer, ofrece un aspecto muy diverso en el

lago *Asphaltite* ó Mar Muerto, de que ya te hice mencion en mi carta antepenúltima. Las aguas fecundas del Jordan son impotentes para reanimar aquellos sitios de inmovilidad, de aridez y de muerte.

Recordarás sin duda el origen de este espantoso lago. Allí donde yacen hoy sus aguas de plomo, se ostentaban en otro tiempo cinco ciudades opulentas: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor, la mas pequeña de todas, las cuales constituian ese grupo á que se llamó Pentapolis. La iniquidad tenia asentado su dominio en esta comarca, y los crímenes mas repugnantes constituian las costumbres de sus moradores. Dios comunica á Abraham el castigo terrible que va á descargar sobre aquellos pueblos malditos. Abraham intercede por los justos de la ciudad, y el Señor promete retirar sus iras si se encontrasen siquiera diez de ellos. Pero el crimen es general. Dos ángeles se llegan una tarde á las puertas de Sodoma y entran en la casa de Lot, la morada del único justo, trayendo una mision terrible: vienen á notificar la destruccion de Pentapolis. Al apuntar el alba del siguiente dia dicen los ángeles á Lot: «Levántate, toma á tu mujer y á tus dos hijas, no sea que tú tambien perezcas juntamente con la maldad de la ciudad.» Y le sacaron de ella, diciéndole: «Sálvate, no vuelvas la vista atrás, ni te pares en toda esta comarca.» Pero Lot, no teniendo vigor para hacer una larga travesia, pidió al Dios airado le permitiese detenerse en Segor, y le fué concedido este nuevo acto de misericordia, salvándose así esta ciudad pequeña.

Entonces el Señor hizo llover azufre y fuego sobre las ciudades malditas, destruyéndolas con todos sus moradores y lo verde de la tierra. Espantosos volcanes ocultos abren sus terribles bocas al mandato de Dios, abrasan la comarca con sus torrentes de fuego, y la dejan al fin reducida á un campo de exterminio y de muerte. Los betunes, las sales, el agua hirviente, el azufre y el lodo infecto, forman al fin el mortífero lago, cuyas aguas inmóviles aun no han podido ser purificadas por las del Jordan. En medio de aquel cataclismo, la mujer de Lot no puede prescindir de mirar hácia atrás, contra la prohibicion de los ángeles, y queda convertida en estatua de sal. (El Génesis, cap. 18 y 19.)

«Al acercarnos al Mar Muerto—dice Lamartine—las ondulaciones del terreno disminuian; el declive se inclina insensiblemente hácia la orilla; la arena es tan húmeda y pantanosa, que los caballos se hundian á veces hasta los encuentros, y tuvimos que echar pié á tierra para aproximarnos al lago. Sus bordes son llanos del lado del Oriente y del Poniente, y por el Norte y el Mediodía los limitan las altas montañas de la Judea y de la Arabia, que descienden hasta bañar sus piés en las pesadas ondas. Las márgenes están enteramente desiertas, y se respira allí un aire infecto y malsano, cuya influencia nos causó un fuerte dolor de cabeza y como pesantez durante los pocos dias que permanecemos en aquel desierto. No se ve isla alguna en el lago, á primera vista; mas á la caida de la tarde me pareció distinguir dos en la extremidad del horizonte y por el lado de la Idumea.

Los árabes no supieron sacarme de la duda: el Mar Muerto tiene por esta parte como unas treinta leguas de largo, y ellos no se aventuran jamas á seguir tan lejos la ribera. Ningun viajero ha podido intentar la circunnavegacion de este lago, y ni aun ha sido visto por su otro extremo ni por las dos márgenes de la Judea y de la Arabia. Creo que nosotros éramos los primeros en explorar con libertad aquellas aguas; y si hubiéramos podido disponer de algunos dias mas, nos hubiera sido fácil hacer traer madera del Libano, de Jerusalem ó de Jaffa, y formar una barca para ampliar nuestras investigaciones.»

«Es muy notable entre los lagos—dice Antoine—el Asphaltite, en Judea, llamado el *Mar Muerto* por no tener cosa viviente, ni aun plantas. Diosdoro de Sicilia asegura que tiene sesenta y dos millas de largo y de siete á ocho de ancho; sus márgenes están enteramente peladas, y sus aguas contienen mas sal que las de la mar. En sus contornos se encuentran muchas minas de sal gemma. Una multitud de curiosos y de peregrinos visitan aquel lago, por los recuerdos sagrados y terribles que encubre, y se ven de trecho en trecho trozos informes que los naturales pretenden ser monumentos de la aventura de la mujer de Lot; y que en efecto, vistos con algo de imaginacion, parecen estatuas mutiladas. Plinio asegura que ningun cuerpo vivo desciende al fondo del lago; y queriendo Vespasiano hacer la experiencia, hizo echar en él á varias personas que no sabian nadar, atándoles ademas los brazos á la espalda, y ni una sola fué á fondo. No pudiendo persuadir-

se de una calidad tan extraordinaria del agua de aquel lago el viajero Pockoke, hizo la prueba por sí mismo, se determinó á entrar y permaneció cerca de un cuarto de hora. «Flotaba yo encima —dice— en la postura que queria, sin hundirme jamas. Habiendo querido una vez zabullirme, mis piernas quedaron al aire, y tuve el mayor trabajo del mundo para volverme á poner en una situacion mas cómoda.»

La inmovilidad en que permanece el Mar Muerto, proviene de que sus aguas son tan pesadas que no puede el viento hacerlas olear.

Existen algunos lagos que tienen comunicacion con el mar, y que por lo comun son respiraderos volcánicos, cuya proximidad es peligrosísima para las poblaciones. Un célebre viajero me suministra la descripcion magnífica de un terremoto acaecido en Chile (América del Sur), y causado por uno de esos lagos; mas como tal descripcion es demasiado extensa para el contenido de una carta, y como no quiero dividirla tampoco, he creído mejor hacer un extracto en que se conserven los rasgos principales. Hélo aquí:

Acababa tras una correría por las faldas de la cordillera de los Andes, de volver á mi quinta que adornara yo mismo con sumo esmero, y que estaba situada en uno de los valles mas amenos de Chile. Seria á mediados de Noviembre, temporada de intensos calores. Me latia una sensacion inexplicable de bienaventuranza al volver á visitar mis penates y aquel bienestar con que los habia yo mismo realzado. ¡Qué noche tan deliciosa! La luna se encumbró pausadamente sobre

la cordillera lejana de los Andes, vagando tranquila por la esfera despejada, cada vez mas resplandeciente y empañando los demas astros con su brillantez. Admiréla algun tiempo con una dicha entrañable y difícil de expresar, que no es ni la alegría ni el arrebató del placer. Cerré la puerta, y despues de haber echado en la chimenea algunas ramas aromáticas, acudí á mis libros. Habia permitido á mi hermoso lebrél negro y á un perro de muestra, su compañero y amigo, que se echasen sobre la piel de leon que servia de tapiz de chimenea, y como si conociesen que la condicion indispensable de su presenacia era el mas cabal sosiego, no se oia mas ruido que el de su respiracion, el chisporroteo de la madera y el rumor de las planas que hojeaban mis manos. Habia en un vaso de arcilla azul algunas flores que un niño me trajera por la mañana, de suerte que todos mis sentidos estaban blandamente embargados.

Un ladrido agrio, veloz y repentino de mi lebrél disipó el embeleso de aquel casi sueño. Dejé la postura inclinada que mi flojedad habia tomado, y ví delante de mí las dos orejas derechas y tiesas, los ojos centellantes como los de víbora, del vigilante animal que acababa de despertarme. Mi primer pensamiento fué admirar aquel modelo de las formas del animal doméstico: ¡era el ademán de mi lebrél tan airoso, tan bello! Contemplaba su elegancia simétrica, la incomparable delicadeza de sus miembros, su flexible y nerviosa estructura, cuando el otro perro que dormia cerca de él sacudió perezosamente la cabeza

y se levantó tambien. Dejóse percibir un estruendo sordo, y la lámpara se estremeció; era un terremoto. El instinto de aquellos dos animales habia previsto el vaiven que iba á sobrevenir. Acababa de reñir á estos dos pobres animales y de imponerles silencio, cuando el terremoto aumentó: un vaiven violento derribó el candil, y corri con ánimo de salirme. El suelo vacilaba ya á lo largo, ya á lo ancho, como la cubierta de un navío: á un movimiento de Norte á Sur sucedió rápidamente otra vibracion del Este al Oeste; no parecia sino que la tierra era herida por choques eléctricos. Despues el movimiento pareció hacerse circular, y que un torbellino espantoso lo confundia todo. Quise atravesar el umbral, pero un mueble colocado al exterior de la puerta que se abria hácia afuera me impidió el paso. Entretanto el vaiven se dejaba sentir mas á cada momento, y dos veces caí y me levanté. Volvíme hácia otra puerta delantera, que en vano procuré abrir, cuando resonó un estruendo espantoso y un rugido tremendo que parecia salir de las entrañas del globo destrozado, seguido de la caida de mi edificio, que vino al suelo como estrellado por un derrumbe, doblegándose como una caña hasta sus cimientos y sepultando entre sus ruinas todo lo que contenia el aposento: muebles, animales, libros, cristales, fueron desmenuzados, confundidos, aplastados en un caos repentino é imprevisto. Vínoseme encima la librería, y permanecí sin sentido y casi sin vida por un rato que no puedo determinar.

Iba á ahogarme una nube de humo y de polvo,

cuando volví en mí. Abríme penosamente paso al través de un monton de ladrillos, piedras, libros, utensilios que medio me cubrian, y cayendo y levantando conseguí al fin salir á respirar el aire libre. Un sinnúmero de hombres y mujeres, arrodillados en el suelo, á quienes traqueaba el terremoto mientras oraban, golpeándose los pechos é invocando á la Santísima Virgen, hacian alternar espantosos gemidos con sus letanías. El firmamento estaba sin una nube, y la luna en medio del horizonte diáfano, parecia sonreír á aquellos infelices. El lago inmediato habia desaparecido tragado por la tierra, y su negro boqueron ofrecia en sus desgajadas orillas el aspecto de una hilera de sepulcros. Las aves de noche estaban calladas, y tan solo se oian las letanías mezcladas de gemidos. Los caballos que los aldeanos habian atado á los árboles, temblaban y se estremecian despavoridos en medio de un trastorno sin ejemplo para ellos y que admiraba su instinto.

El suelo se hinchaba y hundia sucesivamente como el mar que encrespa el huracán. Precipitábase de las colinas circunvecinas derrumbes de arena mezclados de arcillas y pedruscos casi desmenuzados por la tormenta. El lago que el abismo habia tragado volvió á aparecer, no ya como una mole de agua pacífica, sino como una trompa espumosa que salia por mil poros abiertos y compuesta de innumerables columnas que vomitaba el abismo que lo engullera. Que uno se figure estos surtidores de agua agigantados, desprendiéndose de una altura prodigiosa en lluvia leve, borbotando en su antiguo lecho, y convirtiéndose otra

vez en lago, despues de haber volado por los aires. Aterrados los aldeanos á este espectáculo, redoblan sus alaridos: sabian que el lago comunicaba con el mar, y muchos ejemplares recientes les hacian temer que el mismo Océano, estremando el impulso del terremoto, se levantara contra ellos y los sepultase bajo sus cataratas. Entonces sus alaridos descompasados, con los redobles del viento y los ecos de los peñascos levantados y hendidos, hubieran hecho agolpar la sangre en el corazon del mas valiente.

Acababa un ganado vacuno, de mas de seiscientas cabezas, cercado en las riberas del mar, de romper sus palenques, y se atropellaba hácia las montañas como arrebatado por un torbellino. Los caballos le siguieron, y vi á aquellos animales, á quienes su insufrible terror enloquecia; romper con arrebató impetuoso sus riendas y cabestros, y con la cabeza alta, las crines al viento, relinchando y saltando, galopar por los despeñaderos, los troncos aislados y los peñascales. Imposible es olvidar aquella noche. Me parece estar oyendo todavía aquel galope estruendoso; los gritos de agonía de los animales que caian moribundos; los bramidos de los toros, el ruido de las ramas y los troncos que rompian en medio de la carrera; los dolorosos lamentos de las mujeres; la extremada vocería de la desesperacion de los hombres, y los descompasados gritos de las aves, que despues de un largo silencio de asombro, revoloteaban, se elevaban, cerníanse y buscaban en vano un árbol ó un peñasco sólido donde posarse. Y como para hacer aquella escena mas portentosa, exten-

díase sobre el caos infernal un cielo despejado y lleno de lumbre apacible: jamas la luna resplandeció con mas pompa; nunca la atmósfera estuvo mas embalsamada de perfumes y de frescura.

Entretanto los restos de mi quinta, caidos sobre las ascuas del hogar, se habian incendiado y lanzaban columnas de humo. ¡Ay de mí! ¡fué necesario perder mis libros tan raros, mi Shakespeare, una coleccion preciosa de láminas, y tantos tesoros que me habian costado tan caros, y que me prometian tanto recreo! El salvaje que apurada la pólvora, y que en medio de un invierno de América, lejos de toda morada humana, sin otra arma que su escopeta, sin otro alimento que el producto de su caza, llora la pérdida de su único recurso, no experimenta dolor mas intenso que el mio en aquel trance. Apenas si conseguí salvar dos ó tres volúmenes, algunas esteras, utensilios para el té, mi mejor lazo y mis arneses de montar.

El día que sigue á un terremoto presenta un espectáculo del cual renuncio á dar algun concepto. Me trasladé á la ciudad mas cercana, ciudad suntuosa hace poco, con un puerto de mar y un comercio floreciente. Las trece leguas que recorrí no me ofrecieron mas que exterminio. Cada vez que detenía mi caballo sentía temblar la tierra, mas este movimiento dejaba de percibirse cuando le hacia andar al trote ó al galope. Llegamos á la márgen de un rio cuyo cauce seco no ofrecia mas que una rambla anchurosa, y cuyas aguas, abriéndose un nuevo camino, delinearon un surco fangoso por medio de campos arados, y talados ahora. Véanse aparecer techos de casas y cimas de ár-

boles en medio del río así transformado, y cuyas olas, estrellándose en mil tropiezos, batallaban todavía contra aquel cauce trabajoso. La campiña había mudado de aspecto. Los valles estaban llenos de peñascos agigantados: una senda que descendía hasta la playa del mar, había desaparecido, y no encontré mas que un peñón tajado á pico, en cuya base bramaban las olas. Todas aquellas quintas que había visitado tantas veces, cuyo movimiento é industria quedarán grabados en mi memoria, estaban arruinadas; estuve mirando á sus antiguos poseedores, sentados en medio de los campos, desesperados, mudos, con las manos juntas, con los ojos al cielo, y desentendiéndose de las preguntas que les hacia, lastimados y como anonadados bajo el peso de la calamidad.

Cuanto mas me acercaba á la costa, el aspecto de la campiña mostraba mas patentes las huellas terribles del desastre. No se veían mas que techos arrebatados; muebles esparcidos en medio de los campos; huertos, poco antes cultivados con el mayor esmero, destruidos, y los bueyes y las vacas, aprovechándose de la ausencia y del terror de sus dueños, se paseaban á sus anchuras, se metían por las salas abiertas, y se apoderaban de la morada del hombre. Pero nada puede compararse al aspecto de la misma ciudad.

Era esta una de las mas hermosas de la América del Sur; tenía por punto de vista una bahía semicircular salpicada de velas y de mástiles, y descollaba en su centro una iglesia en extremo pintoresca. Los mas ricos mercaderes habían construido en ella casas lujosas que adornaban sus mu-

chas calles; mas apenas podia seguirse el rastro de las ruinas por aquellos antiguos tránsitos. Templos, casas, castillos y chozas habían padecido el mismo destino: yacían por el suelo veinte campanarios; las tapias de los huertos se habían derumbado, y los senderos estrechos y las calles de segundo orden estaban todos desconocidos. Aquí se estaba viendo un altar mayor sin iglesia; allí una cama española muy alta que estaba señalando su anterior aposento; mas allá un chapitel solitario, ó el alero de un techo en equilibrio sobre un lienzo de pared, se alzaban en el aire y amenazaban al transeunte con su inmediata caída. Un riachuelo, detenido en su carrera por los materiales amontonados que no podia arrollar, había formado en medio del coro de la principal iglesia un lago donde nadaban los ornamentos sagrados, las estatuas de los santos, la cruz y el tabernáculo. Nada de lo que la mano del hombre labrara había quedado intacto; todas las avenidas estaban llenas de cadáveres y restos de muebles y de niños magullados sobre el regazo de sus madres. Pero la hermosura de la Naturaleza era siempre la misma; siempre risueño el cielo azul bañaba los cerros; las aves del mar empezaban á lanzar sus alaridos agudos; el grandioso estruendo de las olas que se quebraban en la playa no había perdido nada de aquel apacible murmullo que tanto favorece á la meditacion, y el sol centelleaba con mas esplendor que nunca.

Até mi caballo á un palenque, y salté á una lancha que me condujo á bordo de un buque que venia de la India y á cuyo capitán debía entregar

una carta. Cuando se hizo percibir el primer choque—me dijo el capitán—toda la mole de las aguas se dirigió hacia adelante, como si el puerto fuese á quedar vacío de una sola vez; mis áncoras se rompieron y la nave quedó volcada sobre sus portas. Esta lámpara rota que ve vd. balancearse aún en mi camarote, es un testimonio de la violencia del empuje. Al principio el agua se retiró y la playa volvió á quedar seca; el mar, retrocediendo sobre sí mismo, dejó clavadas en la arena las embarcaciones mas pequeñas; pero no tardó en volver, y lanzándose sobre las casas de la ciudad, destruyó algunas de ellas. Bien pronto volvió á caer mas abajo de su nivel acostumbrado, sea que la costa se hubiese elevado por el terremoto, sea que profundos abismos hubiesen engullido cierta porción de aguas marinas.

Pasé el día á bordo de la fragata. Por la tarde, al volver la vista á la playa, me admiré del profundo silencio que habia sobrevenido al estruendo de todas las industrias. Las campiñas y las lomas brillaban á lo lejos con los fuegos de los vivaques encendidos de aquellos infelices que no tenían ya hogar propio. Bien pronto, por una consecuencia inexplicable del fenómeno, el cielo se cubrió de nubes, el resplandor de la luna se eclipsó enteramente, y aunque nunca llueve por aquella temporada en las provincias de Chile, la lluvia inundó la tierra. La brisa lejana traía á nuestros oídos los himnos de los paisanos y el canto de los sacerdotes, y veíamos sesgar por barrancos y fragosidades, la larga hilera luminosa de las hachas de la procesion.

CARTA XVI.

Manantiales y fuentes.—Su utilidad.—Manantiales notables de agua dulce en México.—Aguas minerales de México.—El Peñon.—El Pozo de Guadalupe.—Aguas azufrosas de Puebla.—Aguascalientes.—Aguas de Aljocopa.—Manantiales y fuentes notables de Europa y Asia.—Geysir.—Manantial de pez en Zante.—Agua jabonosa de Foix.—Agua que blanquea en el acto el cabello.—Fuente flamigera de Foseley.—Pozos frescos.—Vaucluse.—Fuentes y termas de Roma.—Otra vez Baden.—Aix-la-Chapelle.—Vichy.—Aguas minerales en España.—Pozos artesianos.—Observaciones.

México, Enero 20 de 1862.

Nunca habia yo apreciado prácticamente el valor de los manantiales, hasta una tarde en que fatigado por una larga carrera al través de llanos y montecillos, en seguimiento de un magnífico gavián, tuve que reclinarme en el césped bajo una encina secular, cuya ancha sombra me cubria amorosamente, y cuyas ramas movientes me convidaban al sueño: mi pecho ardía en una sed devoradora, y aunque estábamos en el mes de Febrero, y que en Jalapa el ambiente es muy templado y aun fresco en esa estacion, sentia un calor sofo-